*
* *

Hasta ahí el relato de Andrés. Esa aparición le sorprendió tanto, que á partir del día en que la viera, su espíritu pareció perderse, alejándose cada vez más del mundo. Su salud declinaba rápidamente; pero vivía dichoso con su sueño, y con el anhelo, la idea fija de verlo realizado.

No me sentí pues sorprendido cuando pocos meses después de la aventura que acabo de referir me anunciaron la muerte repentina de mi querido compañero. Una hermosa noche de verano, obsesionado sin duda por la misma visión, sentóse en la butaca, cerca de la gran lente ecuatorial enfocada sobre Albireo, y allí lo encontraron por la mañana, creyéndole dormido : pero su cadáver estaba ya helado. Á la derecha había caído un frasquito con ácido cianhídrico, del que una sola gota es bastante para desatar los lazos que unen al alma con su envoltura carnal.

VIAJE AL CIELO

Esto era en Venecia.

El viejo palacio ducal de los Speranzi abría sus altas ventanas sobre el gran canal : el astro de las noches hacía reverberar en la superficie del agua una estela de argentadas agujitas, y el cielo inmenso se desarrollaba hacia lo lejos, por encima de las cúpulas y de las torres. Cuando los músicos embarcados en las góndolas doblaron el canal, deslizándose hacia el puente de los Suspiros, los últimos ecos de sus canciones se extinguieron en la noche, y hubiérase dicho que Venecia se dormía en aquel profundo silencio desconocido de toda colmena humana, excepto de la reina del Adriático.

Solo el sonido cadencioso del antiguo reloj llegaba á interrumpir aquel silencio veneciano, y tal vez hubiera para mí pasado inadvertida la profundidad del universal mutismo si á percatarme de ella no me hubiese invitado la regular oscilación del aparato destinado á medir el tiempo. ¡ Cosa más extraña ! aquel ruidillo monótono, alterando el silencio, parecía aumentarlo.

Sentado en el alféizar de la alta ventana, contemplaba el disco resplandeciente de la Luna señoreándose en

el cielo azul pletórico de su pálida claridad, y pensaba en que ese astro de las noches, en la apariencia tan tranquilo, tan sereno, avanza un kilómetro en el espacio á cada uno de los movimientos de la péndola del reloj : y por la primera vez en la vida, este hecho me sorprendió con más fuerza que nunca, tal vez á causa de la soledad que me rodeaba. Mirando ese globo lunar, en el que á simple vista se distinguen bastante bien los antiguos mares y la configuración geográfica, pensaba que tal vez en la actualidad se halla aún habitado por seres de organismo muy diferente del nuestro capaces de vivir en una atmósfera por todo extremo rarificada ; pero lo que me chocaba más era esa revolución rápida en torno de la Tierra, á razón de un kilómetro (1017 metros) por cada movimiento de la péndola, de 61 kilómetros por cada minuto, de 3 660 por hora, de 87 862 por día y de 2 400 000 por revolución mensual. Con los ojos del espíritu veía á la Luna girando en torno de nosotros del oeste al este y realizando su movimiento en menos de un mes. Y al mismo tiempo, oía por decirlo así el movimiento diurno de la Tierra alrededor de su eje, movimiento que también se verifica de oeste á este y que nos hace creer que es el cielo el que gira en torno á nosotros en sentido inverso de la dirección indicada.

Durante mi abstracción la Luna se había en efecto alejado y descendía al occidente, hacia el campanario de la Chiesa. Vosotros, movimientos terrestres y celestes aún más dulces que los de las góndolas que se deslizan sobre el líquido espejo, que nos lleváis arrastrados en la realidad como si ésta fuera un sueño,

vosotros medís nuestros días y nuestros años, y en tanto que como sombras fugitivas desaparecemos, vosotros permanecéis siempre. Cuando hace ya millones de años la terrestre humanidad esperaba en los limbos de las posibilidades futuras su brote perezoso, tú, Luna silenciosa, esfinge del cielo, brillabas ya sobre las aguas que tus luces plateaban como ahora. Animales fantásticos poblaban los bosques que cubrían los continentes; peces extraños perseguíanse en los líquidos senos; hendían los vampiros las capas atmosféricas; cocodrilos bípedos que parecen ser los antepasados de los de que nos habla la mitología egipcia, se dejaban ver en los claros, á orillas de las lagunas... Más tarde, alumbraste también, oh Luna, el brote de las primeras flores, iluminando al par los nidos de los primeros pájaros : y ¡ cuántas veces tu luz había llegado á disipar las tinieblas de la noche, el día en que por la vez primera osó levantarse hasta ti el pensamiento humano! Tu luz ilumina hoy aquí abajo una humanidad activa, ciudades florecientes, palacios de mármol edificados sobre las ondas. Apenas hace un momento que aquí mismo, á mis pies, á bordo de una góndola, amorosa pareja te invocaba como testigo de juramentos eternos olvidando tal vez que tus fases rápidas imagen son de las variaciones que distinguen á la humana especie. Sí ; tú has sido la confidente de innúmeros secretos de amor, de misterios infinitos, y por largo tiempo aún la juventud entusiasta que cree y que espera elevará hasta ti su canto de amor inacabable. Pero llegará un día en que tú, reina silenciosa de la noche, sólo te señorearás de un cementerio de hielo, en que ya no recibirás la luz del Sol, próxima á su

vez á extinguirse; en que aquí en el mundo no quedarán relojes para medir tus horas, ni seres humanos para contarlas...

Tal pensaba yo, iluminado por la intensa claridad de la luna que parecía agigantar las sombras y rellenar los abismos al pie de los palacios emergentes del agua negra. Ese mundo vecino palpita á 384.000 kilómetros de nosotros; hasta él se transporta el pensamiento humano con ligerísimo batir de alas; á una velocidad igual á la de la luz, esa distancia se franquea en un segundo y un tercio. Volé pues, con el pensamiento hasta esa luz de lo alto, olvidándome de Venecia, del Adriático y del mundo, y me sentí arrastrado hasta mucho más allá de nuestra atmósfera aérea.

I

Á TRESCIENTOS OCHENTA Y CUATRO MIL KILÓMETROS DE LA TIERRA

Parecióme en efecto que me acercaba á la pálida Febea, traspasando súbitamente la cadena inmensa de los Apeninos lunares que separa el *mar de los vapores* del *mar de las lluvias*, no lejos del meridiano central. Fueme dado reconocer, tal como infinitas veces los había observado en el telescopio, los circos y los cráteres de Arquímedes, de Autolico y de Aristilo, y durante algunos momentos floté por sobre las escarpadas orillas del *mar de la serenidad*. Me pareció encontrar aún la huella de las aguas desaparecidas, y creí ver infinidad de cráteres abiertos mucho antes, sepultados entonces bajo el fango de un antiguo diluvio. Como los instrumentos de astronomía nos han familiarizado de larga fecha con ese mundo vecino, y nos son conocidos ciertos detalles de la geografía lunar mejor aún que otros muchos de la terrestre, no tardé en acostumbrarme á la contemplación de las maravillas desplegadas ante mis ojos insaciables. Esos circos inmensos, esos cráteres aún abiertos, esas montañas anulares de abruptos peñones, esas crestas salvajes y peladas, esos valles profundos, esas quebra-

duras infinitas del terreno, las hemos estudiado y las conocemos á fondo. Vése allí el resultado de una actividad volcánica considerable; cráteres de tres kilómetros de profundidad, de ciento, ciento cincuenta ó doscientos kilómetros de ancho; montañas con picos de seis y siete mil metros de elevación; llanuras y riberas en las que aún se encuentran huellas de la acción de las aguas... Jamás se observa una nube ni efecto alguno de evaporación acuosa, ni condensación de vapores atmosféricos, y la misma atmósfera, si acaso existe, es de una extrema rarefacción: y sin embargo, desde que los menores aspectos de ese globo vecino han sido cuidadosamente estudiados, créese reconocer en él no tan sólo las pruebas de desplomes actuales, de variaciones geológicas en su superficie, si que también ciertos cambios rápidos en el suelo de las regiones bajas en las que la atmósfera puede estar relativamente condensada. En realidad, las condiciones orgánicas de este mundo son por completo diferentes de las del nuestro, pero no está demostrada la imposibilidad de la existencia allí, aun cuando es probable que el período vital de esa pequeña tierra celeste esté bastante más avanzado que el de nuestra patria.

Al tiempo mismo que mis miradas, detenían mi pensamiento en la pálida figura del satélite de la Tierra, y me preguntaba á mí mismo si no era posible que en aquel mismo momento, en una antigua ciudad lunar, en el fondo de un circo ó en lo profundo de un valle, un ser pensante cualquiera, convertidos también sus ojos al cielo, contemplase en él la Tierra que habitamos, preguntándose por su parte si existen seres

inteligentes en la superficie del globo inmenso que rueda perpetuamente por encima de sus cabezas y ofrece á su curiosidad el mismo enigma que su patria nos presenta á nosotros.

En tanto que de este modo viajaba yo por el vecino mundo, el astro de las noches había descendido sensiblemente hacia el horizonte, y á cierta distancia del mismo, hacia la izquierda, pude ver una estrella brillante de claridad rojiza, lanzando rayos de fuego á las alturas celestes. Poco tiempo y menos trabajo me costó reconocer en ese astro de rayos ígneos á nuestro vecino el planeta Marte, y olvidándome de la Luna, díme á pensar en esa otra isla celeste, hermana de la nuestra, que tantas analogías ofrece con la terrestre morada.

He ahí, pensé, el planeta para nosotros más interesante, el que mejor conocemos. Gravita en torno del Sol recorriendo una órbita trazada á la distancia media de 227 millones de kilómetros del astro central. La Tierra en que vivimos recorre su revolución anual á la distancia de 149 millones de kilómetros: hay pues por término medio 78 millones de kilómetros de una á otra órbita. Precisamente en este momento pasa Marte por la sección de su camino más inmediata á la Tierra; y una feliz circunstancia es causa de que la distancia entre ambos mundos sea tan sólo en la actualidad de 60 millones de kilómetros, ya que ambos caminos no son ni circulares ni paralelos. La luz, que emplea un segundo y un tercio para atravesar la distancia entre la Tierra y la Luna, emplea doscientos segundos, ó tres minutos veinte segundos en franquear el abismo celeste que separa á Marte de la Tierra. Me

pareció que en realidad yo mismo empleaba esos tres minutos para llegar hasta allá y olvidé por completo la alta ventana de mi palacio veneciano para deleitar mi vista con la contemplación del nuevo mundo al que el vuelo de mi pensamiento me había transportado.

II

Á SESENTA MILLONES DE KILÓMETROS DE LA TIERRA

Astronómicamente hablando, eso no es muy lejos: es por el contrario bastante cerca, casi en nuestra vecindad: á dos pasos. El mundo de Marte es la primera estación del sistema solar, el primer planeta con que tropieza el que se aleja de nuestro mundo para visitar las apartadas regiones del cielo. Nuestra morada pierde de modo progresivo su aparente grandeza á medida que de ella nos alejamos. Visto desde la Luna, nuestro planeta boga en el cielo como otra luna enorme, cuatro veces superior en diámetro al astro de las noches terrestres y cuatro veces más luminosas, porque, aislado en el espacio, irradia la luz que del Sol recibe, como lo hacen la Luna y los diferentes planetas del sistema solar. Desde una distancia de cerca de 400.000 kilómetros la Tierra parece aún considerable, puesto que es, poco más ó menos, cuatro veces más ancha que la Luna llena: á cuatro millones de kilómetros parece diez veces inferior en diámetro pero ofrece aún un disco sensible: á la distancia de la órbita de Marte, en las épocas en que mayor es la proximidad entre ambos mundos, vista á 60 millones

de kilómetros, ya no ofrece á la mirada disco sensible, pero continúa siendo el astro más brillante y de magnitud más visible del cielo entero. Así pues, los habitantes de Marte nos admiran en su cielo como una estrella de extraordinario brillo que ofrece para ellos aspectos análogos á los que para nosotros presenta Venus: para ellos somos nosotros, es decir, la Tierra, la estrella matutina y vespertina, y tal vez su mitología nos ha levantado altares.

Cuando llegué á ese mundo era la hora del medio día en el meridiano central del planeta: observé al paso dos lunas pequeñas que giraban rápidamente en su cielo, y me detuve en la vertiente de una montaña desde la que la vista espaciábase á lo lejos sobre el mar. Llegaban las olas á morir á mis pies, sobre la playa, recordándome aquel panorama el que se admira desde lo alto de la terraza del observatorio de Niza. Era aquel en efecto un Mediterráneo de aguas tranquilas, teñidas de color azulado-verdoso un tanto obscuro; y también me pareció reconocer los bosques de naranjos con sus frutos de oro brillando á la luz del sol; pero, sólo la coloración era la misma, pues las especies vegetales de Marte son desconocidas en la Tierra. Sobre las ondas veíanse flotar á lo lejos navíos movidos por invisibles propulsores cuya potencia motriz era sin duda alguna la electricidad. Deslizábanse por los aires aeróstatos afectando la forma de pájaros peces; y poco tardé en saber que los habitantes de esta tierra celeste han recibido de la ley de la evolución natural el privilegio envidiable de volar por la atmósfera, siendo uno de sus principales medios locomóviles el de la aviación. En la superficie de este

mundo la gravedad es escasa, y mucho menor que entre nosotros la densidad de los seres y de los objetos. En él ha adquirido extraordinario perfeccionamiento el arte del ingeniero; y los que al mismo se dedican han realizado trabajos inmensos, incomparablemente superiores á todo cuanto en el presente siglo se ha hecho sobre nuestro planeta, y han transformado su globo por gigantescas operaciones de que los astrónomos de la Tierra comienzan ahora á percatarse gracias á continuadas y concienzudas observaciones telescópicas.

Fácil es por lo demás explicarse que este mundo esté mucho más adelantado que el nuestro, puesto que es mayor, más respetable su antigüedad cronológica; además siendo de menor tamaño que el globo terrestre, se ha enfriado más rápidamente que el último, recorriendo con mayor rapidez las fases de su desarrollo orgánico. Sus años, sus períodos de tiempo de doce meses, son más largos que los nuestros, lo cual es ya una ventaja, aun cuando sus condiciones de habitabilidad, sus climas, sus estaciones, su meteorología, sus días y sus noches son análogas á las que existen entre nosotros. Desde la Tierra misma observamos sus continentes, sus mares, sus costas, su geografía, sus nieves polares que se licúan en la primavera, sus nublados generalmente ligeros, bastante densos hacia las regiones de los polos, sus brumas matinales y sobre todo las de la tarde, y aun las modificaciones que causan las estaciones, sus avenidas á veces considerables, sus líneas continentales anchas y largas, en forma de canales, que bajo ciertas extrañas condiciones meteorológicas parecen aumentarse; en una palabra, las

manifestaciones todas de una actividad más considerable que la que el estado actual de la vida terrestre nos ofrece.

Me detuve en Marte el tiempo indispensable para formarme una idea general de la vida que anima á este planeta, y pocos instantes después me encontré transportado al mundo anular de Saturno.

III

Á MIL DOSCIENTOS MILLONES DE KILÓMETROS.

La concepción del tiempo y la apreciación de las duraciones son esencialmente relativas al estado de nuestro espíritu. Si durante siete ú ocho horas dormimos profundamente, ese espacio de tiempo ó duración ha intercalado en nuestra vida una laguna, la impresión de la cual deja en el pensamiento una huella análoga á la que nos dejaría la de un sueño de diez minutos. Los mineros que á consecuencia de desprendimientos en las minas han permanecido sepultados cinco ó seis días antes de que se lograra su salvación, se han figurado que su permanencia en las profundidades de la tierra no excedía de una veintena de horas. Pueden vivirse muchas horas y vivirlas muy lentamente durante un sueño que no dura más que algunos segundos. Un día, al atravesar un bosque, mi caballo asustado me derribó en un barranco; y aun cuando la caída no duró de fijo más de tres segundos, durante ese corto tiempo reviví por lo menos diez años de mi vida en todos sus sucesivos detalles y sin precipitación alguna de acontecimientos. ¿ Quién es el que en determinadas horas de espera no ha observado que los minutos *son* muy largos?... Y como estos prodríamos citar infinidad de ejemplos.

Estando la órbita anual de la Tierra en torno del Sol

á la distancia de 149 millones de kilómetros y la de Saturno á la de 1421, media entre ambas órbitas una distancia de 1272 millones de kilómetros, espacio que la luz franquea en 70 minutos. Identificándome con esta distancia y con la velocidad de la transmisión de la luz, ví distintamente pasar por mi imaginación los 4 240 segundos necesarios para recorrer ese camino á razón de 300 000 kilómetros por segundo: y sin embargo, estoy seguro de no haber empleado en realidad todo ese tiempo para trasladarme hasta Saturno, ni aun el tiempo menor correspondiente á la distancia desde Marte al planeta anular, porque cuando me olvidé de Marte para consagrar á Saturno mi atención, acababa de sonar en el antiguo reloj la primera campanada de las diez, y no se habían extinguido aún las vibraciones de la última, cuando ya me encontraba en ese otro mundo.

Detúveme en el octavo satélite desde el que puede apreciarse con facilidad la magnitud del sistema de Saturno. Este enorme planeta cuyo diámetro es nueve veces y media mayor que el de nuestro globo, cuya superficie iguala á la de ochenta Tierras reunidas y cuyo volumen es como 675 veces el de nuestra isla flotante, se halla rodeado de anillos gigantescos cuyo diámetro total es de 284 000 kilómetros: rodeado de este anillo múltiple, señoréase en medio de un cortejo de ocho mundos que circulan en torno de él en un sistema cuyo radio es de 3 964 000 kilómetros; sistema que, por sí solo, constituye un universo más vasto que el de los antiguos. Ningún poeta, ningún pensador, ningún filósofo ni hombre alguno sobre la Tierra había podido siquiera imaginar, antes de la era de la verdad inaugurada por las conquistas de la moderna astronomía, la magnitud real de las proporciones según las cuales se halla construído el universo.

¡Cuán pequeña parece la Tierra vista desde el sistema de Saturno! Apenas si es posible verla brillar de tiempo en tiempo, como diminuto punto luminoso, y por espacio de algunos instantes después de la puesta del sol ó pocos momentos antes del nacimiento del día: produce sin duda alguna mucho menos efecto que cualquiera de los satélites del planeta, aun los más pequeños... Por cierto que uno de éstos, Titán, es superior en volumen á los planetas Marte y Mercurio, y su diámetro iguala más de la mitad del de la Tierra. Vistos de cerca, desde la octava luna á la que me encontré transportado, ofrecen el aspecto de lunas enormes circulando por el cielo con velocidades variadas y afectando fases diferentes según el ángulo que forman con el Sol, lo cual da origen á los más pintorescos y fantásticos efectos. Saturno está iluminado durante la noche por la luz de los anillos á la que se añade la de lunas diversas, pues casi siempre hay varias de éstas á la vez sobre el horizonte.

Contemplando este curioso sistema de cerca de ocho millones de kilómetros de diámetro; admirando esa sorprendente reunión de nueve mundos, de los que varios están en la actualidad habitados, pensaba yo en la que es creencia general en la Tierra, la de que nuestro mundo representa la creación completa.

El hombre ha creído hasta el presente alcanzar á comprender el origen y el fin de todas las cosas, sin más conocimientos para ello que el del mundo en que vive, sin mirar siquiera en torno suyo para percatarse

de que no está solo en la creación. Tal un gorrión que pretendiese narrar la historia de París por los acontecimientos realizados en torno de su nido durante una estación; tal un doctor que arrancando del centro de un enorme volumen una hoja, asegurase serle posible determinar el plan completo de la obra con el simple examen de fragmento tan exiguo.

Después de realizar inauditos esfuerzos para descubrir la Tierra desde tal distancia, y conseguido mi propósito de verla perdida como minúsculo punto entre los rayos del Sol, comprendí mejor que nunca por qué ninguna concepción filosófica ó religiosa, ninguna ni entre las más avanzadas ni las más puras, ha podido dar aún á los habitantes de ese glóbulo la solución del problema de nuestros destinos, y por qué nos vemos forzados á demandar esa solución á la Astronomía, única ciencia que nos enseña el puesto que la Tierra ocupa en el conjunto, y que desarrolla ante nuestra mirada atónita los horizontes del infinito, las perspectivas de la eternidad.

Pero también pensaba que, aun siendo como es considerable y maravilloso el mundo de Saturno, no se halla bastante alejado de la Tierra para arrancarnos con su contemplación todo sentimiento de patriotismo local, y que, sin salir de las fronteras del mundo solar, nos es posible encontrar otras estaciones celestes aún más independientes de nuestra vecindad del Sol. Distinguí en esto al planeta Neptuno que gravita á una distancia de más de 4400 kilómetros del Sol y gira alrededor de una órbita inmensa que tarda más de 164 años en recorrer, y hasta el mismo me sentí rápidamente transportado.

IV

Á CUATRO MIL MILLONES DE KILÓMETROS DE LA TIERRA.

En las profundidades del espacio, á una distancia del Sol que excede en treinta veces la que nos separa del astro central y bajo una irradiación de calor y de luz solares 900 veces más débil que la irradiación en medio de la cual boga nuestro planeta, encontramos flotando el mundo neptuniano en condiciones de vida por completo diferentes de las que rigen al planeta llamado Tierra. Los naturalistas miopes que aun no hace mucho tiempo afirmaban con énfasis pontifical que los abismos oceánicos condenados están á debilidad perpetua porque las condiciones de luz y de presión en ellos existentes son en absoluto distintas de las que rigen en la superficie, han recibido de la misma naturaleza el más brutal de los mentís que puedan ser infligidos á la pedantesca ciencia de los aspirantes á la infalibilidad. Ese mentís, tan formal, tan rudo, tan absoluto, no les ha sin embargo corregido á todos, porque aún hay algunos que declaran que la vida es imposible en mundos que no sean idénticos al que habitamos. Nada; el razonamiento mismo del pez que declara sinceramente que no hay medio